

LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA MÓDULO 1

LECTURA: antología literaria de la Edad Media

Unidad 9. Desde los orígenes hasta el siglo XIV

Lírica tradicional

Jarchas

Al-sabah bono,
garme d'on venís.
Ya lo sé que otri amas,
a mibi non querís.

Alba hermosa,
dime de dónde vienes.
Ya sé que amas a otra,
a mí no me quieres.

Vaise mio corachón de mib.
¡Ya Rab!, ¿si me tornarad?
Tan mal me doléd, li-l-habib:
enfermo yed, ¿cuánd sanarad?

Vase mi corazón de mí.
¡Ay, Dios!, ¿acaso tornará?
Tanto me duele por el amado:
enfermo está, ¿cuándo sanará?

Cantiga de amigo

Nas barcas novas foise o meu amigo daqui,
e vexo eu viir barcas e teño que ven i,
mia madre, o meu amigo.

Atendamos, ai madre, sempre vos querei ben,
ca vexo vir barcas e teño que i ven,
mia madre, meu amigo.

Non faço eu desaguisado, mia madre eno cuidar,
ca non podía muito sen mi allur morar,
mia madre, o meu amigo.

En barcas nuevas se fue mi amor de aquí,
si veo volver barcas, creo que viene allí,
madre mía, mi amigo.

Esperemos, ¡ay, madre!, y yo siempre os querré,
pues pienso, al ver las barcas, que vuelve quien se fue,
madre mía, mi amigo.

No voy descaminada, madre, en esto pensar,
lejos por mucho tiempo de mí no puede estar,
madre mía, mi amigo.

Narrativa en verso: mester de juglaría

Cantar de gesta: fragmentos del *Poema de Mio Cid*

Al comienzo del poema se narra cómo el Cid es desterrado de Castilla y parte de sus tierras seguido de sus vasallos. Antes de marcharse, se despide de su mujer, doña Jimena, y de sus hijas, doña Elvira y doña Sol, que quedan en el reino. En el pasaje de la despedida que figura a continuación se retrata al Cid como un héroe guerrero dotado de gran humanidad.

Inclinó las manos la barba florida,
a sus hijas en brazos las cogía,
acercolas al corazón, pues mucho las quería.
Llora de los ojos, muy fuertemente suspira:
"Ya doña Jimena, ya mi mujer tan cumplida,
como a mi propia alma yo tanto os quería.
Ya lo veis, que nos separaremos en vida,
yo me iré y vos quedaréis recogida.
Quiéranlo Dios y Santa María
que aún con mis manos case a estas hijas mías,
y vos, mujer honrada, por mí seáis servida.

El rey Alfonso VI perdona al Cid, y su mujer y sus hijas se reúnen con él en Valencia, reino que Rodrigo Díaz de Vivar ha conquistado a los moros. Las hijas del Cid casan con los infantes de Carrión: estos se comportan cobardemente en la corte al huir de la presencia de un león al que el Cid somete sin usar de la fuerza. He aquí el episodio:

En Valencia estaba mio Cid con todos sus vasallos.
Con él sus yernos ambos, los infantes de Carrión.
Echado en un escaño, dormía el Campeador,
un mal accidente, sabed que les pasó:
saliose de la red y desatose el león.
En gran miedo se vieron en medio de la corte;
embrazan los mantos los del Campeador,
y rodean el escaño, y se quedan junto a su señor.
Fernán González, el infante de Carrión,
no vio ahí donde meterse ni cuarto abierto ni torre;
metiose bajo el escaño, tan grande fue su pavor;
Diego González por la puerta salió,
diciendo por su boca: "No veré más Carrión".
Tras una viga del lagar se metió con gran pavor;
el manto y el brial todos sucios los sacó.
En esto despertó el que en buena hora nació:
vio cercado el escaño por sus buenos varones;
"¿qué es esto, mesnadas, o qué queréis vosotros?".
"Ya, señor honrado, un susto nos dio el león".
Mio Cid hincó el codo, en pie se levantó,
el manto lleva al cuello y se dirigió hacia el león;
el león cuando lo vio mucho se avergonzó,
ante mio Cid la cabeza bajó y el rostro hincó.
Mio Cid don Rodrigo del cuello lo tomó,
lo lleva de la mano, en la red lo metió.

Los infantes de Carrión quedan avergonzados en la corte por su cobardía y planean su venganza: viajan con sus mujeres, las hijas del Cid, a Carrión y, en el camino, en el robledal de Corpes, las azotan cruelmente y las abandonan. El Cid reclama justicia ante el rey y, en un duelo, los hombres del Cid vencen a los de Carrión. Al final de la obra, doña Elvira y doña Sol casan con los infantes de Navarra y Aragón.

En el robledal de Corpes entraron los de Carrión,
las ramas tocan las nubes, muy altos los montes son
y muchas bestias feroces rondaban alrededor.
Con una fuente se encuentran y un pradillo de verdor.
Mandaron plantar las tiendas los infantes de Carrión
y esa noche en aquel sitio todo el mundo descansó.
Con sus mujeres en brazos señas les dieron de amor.
¡Pero qué mal se lo cumplen en cuanto que sale el sol! (...).
"Escuchadnos bien, esposas, doña Elvira y doña Sol:
vais a ser escarnecidas en estos montes las dos,
nos marcharemos dejándoos aquí a vosotras, y no
tendréis parte en nuestras tierras del condado de Carrión.
Luego con estas noticias irán al Campeador
y quedaremos vengados por aquello del león."
Allí los mantos y pieles les quitaron a las dos,
solo camisa y brial sobre el cuerpo les quedó.
Espuelas llevan calzadas los traidores de Carrión,
cogen en las manos cinchas que fuertes y duras son.
Cuando esto vieron las damas así hablaba doña Sol:
"Vos, don Diego y don Fernando, os lo rogamos por Dios,
sendas espadas tenéis de buen filo tajador,
de nombre las dos espadas, Colada y Tizona, son.
Cortadnos ya las cabezas, seamos mártires las dos,
así moros y cristianos siempre hablarán de esta acción,
que esto que hacéis con nosotras no lo merecemos, no.
No hagáis esta mala hazaña, por Cristo nuestro Señor,
si nos ultrajáis caerá la vergüenza sobre vos,
y en juicio o en corte han de pedirnos la razón."
Las damas mucho rogaron, mas de nada les sirvió;
empezaron a azotarlas los infantes de Carrión,
con las cinchas corredizas les pegan sin compasión,
hiérenlas con las espuelas donde sientan más dolor,
y les rasgan las camisas y las carnes a las dos,
sobre las telas de seda limpia la sangre asomó.
Las hijas del Cid lo sienten en lo hondo del corazón.
¡Oh, qué ventura tan grande si quisiera el Creador
que asomase por allí Mío Cid Campeador!
Desfallecidas se quedan, tan fuertes los golpes son,
los briales y camisas mucha sangre los cubrió.
Bien se hartaron de pegar los infantes de Carrión,
esforzándose por ver quién les pegaba mejor.
Ya no podían hablar doña Elvira y doña Sol.

Narrativa en verso: mester de clerecía

Gonzalo de Berceo: *Milagros de Nuestra Señora*, "El clérigo y la flor"

De un clérigo leemos que era loco perdido,
en los vicios mundanos fieramente embebido;
pero aunque estaba loco, tenía un buen sentido:
amaba a la Gloriosa de corazón cumplido.

Aunque estaba el hombre mal acostumbrado,
en saludar a ella era bien acordado;
y ni iría a la iglesia ni a hacer ningún mandado
sin que su nombre antes no hubiera pronunciado.

Decir yo no sabría en qué cierta ocasión,
ya que no sabemos si la buscó él o no,
enemigos le dieron asalto a este varón,
y fueron a matarlo, deles Dios su perdón.

Los hombres de la villa, también sus compañeros,
cómo esto aconteciera ellos no eran certeros,
y fuera de la villa, por entre unos riberos
allá lo soterraron, más no entre los diezmeros.

Le pesó a la Gloriosa mucho este enterramiento,
ya que yacía su siervo fuera de su convento;
apareciöse a un clérigo de buen entendimiento,
y díjole: "Hicisteis error sin fundamento.

Mándote que lo digas: que el que es mi cancelario
no merecía ser echado del sagrario:
diles que no lo dejen allí otro treintenario
sino que con los otros lo lleven al osario.

El que habéis soterrado lejos del cementerio,
al que no habéis querido hacer ministerios,
por este yo te hago todo este reguncerio,
si no lo realizas, ya verás lo que es serio".

El dicho de la dueña fue luego realizado:
abrieron el sepulcro aprisa y muy privado
y vieron un milagro no simple, mas doblado;
el uno como el otro fue enseguida notado.

Salía, muy hermosa, de su boca una flor,
de muy grande hermosura, de muy fresca color,
llenaba toda la plaza con su sabroso olor,
que no sentían del cuerpo un punto de su hedor.

Encontraron la lengua que era tan fresca y sana
cual se muestra por dentro una hermosa manzana:
no la tendría más fresca a la media mañana
cuando se hallaba hablando en medio la quintana.

Vieron todos que esto venía por la Gloriosa,
pues otra no podía hacer tamaña cosa;
trasladaron el cuerpo, cantando "Speciosa",
más cerca de la iglesia a tumba más preciosa.

Todo hombre en el mundo hará gran cortesía
si hiciera gran servicio a la Virgen María:
mientras que fuera vivo, tendrá placentaría,
y salvará su alma en el último día.

Vocabulario:

- De corazón cumplido: de todo corazón.
- No eran certeros: no estaban seguros de cómo había muerto.
- Soterrar: enterrar.
- Diezmeros: quienes son enterrados en tierra sagrada.
- Cancelario: cargo eclesiástico similar al de secretario.
- Sagrario: aquí, cementerio.
- Regunserio: relato o sermón.
- Muy privado: muy rápido.
- Quintana: huerta.
- Speciosa: oración dedicada a la Virgen.

Juan Ruiz, arcipreste de Hita: *Libro de buen amor*

El arcipreste, desengañado de su mala fortuna amorosa, recibe la visita de don Amor que alega en su defensa que el arcipreste no ha sabido elegir a las mujeres adecuadas ni conquistarlas. Por eso, decide aconsejarle.

Si quieres amar dueñas o a cualquier mujer,
muchas cosas tendrás primero que aprender
para que ella te quiera en amor acoger.
Primeramente, mira qué mujer escoger.

Busca mujer hermosa, atractiva y lozana,
que no sea muy alta, pero tampoco enana;
si pudieres, no quieras amar mujer villana,
pues de amor nada sabe, palurda y chabacana.

Uno de los consejos que don Amor da al arcipreste para triunfar en el amor es que consiga una buena intermediaria para sus aventuras. Así surge el personaje de Trotaconventos, antecedente de Celestina.

Si parienta no tienes, toma una de esas viejas
que andan por las iglesias y saben de callejas;
con gran rosario al cuello saben muchas consejas,
con llanto de Moisés encantan las orejas (...).

Toma vieja que tenga oficio de herbolera,
que va de casa en casa sirviendo de partera,
con polvos, con afeites y con su alcoholera
mal de ojo hará a la moza, causará su ceguera (...).

Donde están tales viejas todo se ha de alegrar,
pocas mujeres pueden a su influjo escapar;
para que no te mientan las debes halagar,
pues tal encanto usan que saben engañar.

De todas esas viejas escoge la mejor,
dile que no te mienta, trátala con amor,
que hasta la mala bestia vende el buen corredor
y mucha mala ropa cubre el buen cobertor.

Doña Endrina habla con Trotaconventos y confiesa su amor por el arcipreste. Trotaconventos intenta convencerla para que lo acepte.

–¡Ay!, el amor me mata con parecido fuego,
mas, aunque tanto obliga y apremia con su ruego,
el miedo y la vergüenza me prohíben el juego;
¡para mi pena grande yo no encuentro sosiego!

–Como en todo me fijo, más de lo que pensáis,
entiendo que uno al otro por igual os amáis,
con apasionamiento padecéis y penáis;
y si el amor lo quiere, ¿por qué, pues, no os juntáis?

–Aquello que me pides es lo que más codicio,
si el sentir de mi madre para ello es propicio:
sin eso, aunque queramos, por haceros servicio,
nunca lugar tendremos para placer y vicio.

Muchas cosas haría por amor del de Hita,
mas guárdame mi madre, de mí nunca se quita.
Dijo Trotaconventos: "(¡Ay, la vieja Pepita!
¡Así se la llevasen con cruz y agua bendita!)".

Narrativa en prosa

El conde Lucanor de don Juan Manuel

Cuento VII

Lo que sucedió a una mujer que se llamaba doña Truhana

Otra vez estaba hablando el conde Lucanor con Patronio de esta manera:

-Patronio, un hombre me ha propuesto una cosa y también me ha dicho la forma de conseguirla. Os aseguro que tiene tantas ventajas que, si con la ayuda de Dios pudiera salir bien, me sería de gran utilidad y provecho, pues los beneficios se ligan unos con otros, de tal forma que al final serán muy grandes.

Y entonces le contó a Patronio cuanto él sabía. Al oírlo Patronio, contestó al conde:

-Señor conde Lucanor, siempre oí decir que el prudente se atiende a las realidades y desdeña las fantasías, pues muchas veces a quienes viven de ellas les suele ocurrir lo que a doña Truhana. El conde le preguntó lo que le había pasado a esta.

-Señor conde -dijo Patronio-, había una mujer que se llamaba doña Truhana, que era más pobre que rica, la cual, yendo un día al mercado, llevaba una olla de miel en la cabeza. Mientras iba por el camino, empezó a pensar que vendería la miel y que, con lo que le diesen, compraría una partida de huevos, de los cuales nacerían gallinas, y que luego, con el dinero que le diesen por las gallinas, compraría ovejas, y así fue comprando y vendiendo, siempre con ganancias, hasta que se vio más rica que ninguna de sus vecinas.

Luego pensó que, siendo tan rica, podría casar bien a sus hijos e hijas, y que iría acompañada por la calle de yernos y nueras y pensó también que todos comentarían su buena suerte pues había llegado a tener tantos bienes aunque había nacido muy pobre.

Así, pensando en esto, comenzó a reír con mucha alegría por su buena suerte y, riendo, riendo, se dio una palmada en la frente, la olla cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Doña Truhana, cuando vio la olla rota y la miel esparcida por el suelo, empezó a llorar y a lamentarse muy amargamente porque había perdido todas las riquezas que esperaba obtener de la olla si no se hubiera roto. Así, porque puso toda su confianza en fantasías, no pudo hacer nada de lo que esperaba y deseaba tanto.

Vos, señor conde, si queréis que lo que os dicen y lo que pensáis sean realidad algún día, procurad siempre que se trate de cosas razonables y no fantasías o imaginaciones dudosas y vanas. Y cuando quisierais iniciar algún negocio, no arriesguéis algo muy vuestro, cuya pérdida os pueda ocasionar dolor, por conseguir un provecho basado tan solo en la imaginación.

Al conde le agradó mucho esto que le contó Patronio, actuó de acuerdo con la historia y, así, le fue muy bien. Y como a don Juan le gustó este cuento, lo hizo escribir en este libro y compuso estos versos:

*En realidades ciertas os podéis confiar,
mas de las fantasías os debéis alejar.*

Unidad 10. La literatura del siglo XV

Lírica culta

Jorge Manrique: *Coplas a la muerte de su padre*

I

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado
da dolor,
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

II

Pues si vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vio,
pues que todo ha de pasar
por tal manera.

III

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;

Allí, los ríos caudales,
Allí, los otros medianos
y más chicos;
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

Una serranilla del marqués de Santillana

Serranilla VII

La vaquera de la Finojosa

Moza tan hermosa
no vi en la frontera,
como una vaquera
de la Finojosa.

Haciendo la vía
del Calatraveño
a Santa María,
vencido del sueño,
por tierra fragosa
perdí la carrera,
do vi la vaquera
de la Finojosa.

En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graciosa,
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.

Non creo las rosas
de la primavera
sean tan hermosas
ni de tal manera;
hablando sin glosa,
si antes supiera
de aquella vaquera
de la Finojosa;
no tanto mirara
su mucha beldad,

porque me dejara
en mi libertad.
Mas dije: «Donosa
-por saber quién era-,
¿dónde es la vaquera
de la Finojosa?»

Bien como riendo,
dijo: «Bien vengades,
que ya bien entiendo
lo que demandades;
no está deseosa
de amar, ni lo espera,
esta vaquera
de la Finojosa».

Lírica popular

Poesía tradicional castellana

Ya cantan los gallos,
buen amor, y vete
cata que amanece.

Al alba venid, buen amigo,
al alba venid.
Amigo el que yo más quería,
venid al alba del día.
Amigo el que yo más amaba,
venid a la luz del alba.
Venid a la luz del día,
no traigáis compañía.
Venid a la luz del alba,
no traigáis gran compañía.

¿Por qué me besó Perico,
por qué me besó el traidor?
Dijo que en Francia se usaba
y por eso me besaba,
y también porque sanaba
con el beso su dolor.
¿Por qué me besó Perico,
por qué me besó el traidor?

Dicen que me case yo:
no quiero marido, no.
Más quiero vivir segura
en esta sierra a mi soltura,
que no estar en aventura
si casaré bien o no.
Dicen que me case yo:
no quiero marido, no.

Dos romances

Romance de Abenámar

¡Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida:
moro que en tal signo nace:
no debe decir mentira.
Allí respondiera el moro,
bien oiréis lo que decía:
-Yo te la diré, señor,
aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro
y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho
mi madre me lo decía:
que mentira no dijese,
que era grande villanía;
por tanto pregunta, rey,
que la verdad te diría.
-Yo te agradezco, Abenámar,
aquesa tu cortesía.
¿Qué castillos son aquellos?
¡Altos son y relucían!
-El Alhambra era, señor,
y la otra la mezquita,
los otros los Alixares,
labrados a maravilla.
El moro que los labraba
cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra,
otras tantas se perdía.
El otro es Generalife,
huerta que par no tenía.
El otro Torres Bermejas,
castillo de gran valía.
Allí habló el rey don Juan,
bien oiréis lo que decía:
-Si tú quisieses, Granada,
contigo me casaría;
te daré en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.
-Casada soy, rey don Juan,
casada soy, que no viuda;
el moro que a mí me tiene
muy grande bien me quería.

Romance del prisionero

Que por mayo era por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan,
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo, triste cuitado,
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día,
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un ballestero,
¡dele Dios mal galardón!

Fernando de Rojas, la *Celestina*

El encuentro

CALISTO.- En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.- ¿En qué, Calisto?

CALISTO.- En dar poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotase, y hacer a mí, inmérito, tanta merced que verte alcanzase, y en tan conveniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiese. Sin duda, incomparablemente es mayor tal galardón que el servicio, sacrificio, devoción y obras pías que por este lugar alcanzar tengo yo a Dios ofrecido. ¿Quién vio en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como ahora el mío? Por cierto, los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo ahora en el acatamiento tuyo. Mas, ¡oh triste!, que en esto diferimos: que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienaventuranza y yo, mixto, me alegro con recelo del esquivo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA.- ¿Por gran premio tienes éste, Calisto?

CALISTO.- Téngolo por tanto, en verdad, que si Dios me diese en el cielo silla sobre sus santos, no lo tendría por tanta felicidad.

MELIBEA.- Pues aún más igual galardón te daré yo si perseveras.

CALISTO.- ¡Oh bienaventuradas orejas mías, que indignamente tan gran palabra habéis oído!

MELIBEA.- Más desaventuradas de que me acabes de oír, porque la paga será tan fiera cual merece tu loco atrevimiento y el intento de tus palabras ha sido. ¿Cómo de ingenio de tal hombre como tú haber de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo? ¡Vete, vete de ahí, torpe!, que no puede mi paciencia tolerar que haya subido en corazón humano conmigo en ilícito amor comunicar su deleite.

La muerte de la vieja Celestina

SEMPRONIO.- (...) Danos las dos partes por cuenta de cuanto de Calisto has recibido; no quieras que se descubra quién tú eres. ¡A los otros, a los otros con esos halagos, vieja!

CELESTINA.- (...) ¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¡Con una oveja mansa tenéis vosotros manos y braveza, con una gallina atada, con una vieja de sesenta años! (...).

SEMPRONIO.- ¡Oh vieja avarienta, muerta de sed por dinero!, ¿no serás contenta con la tercia parte de lo ganado?

CELESTINA.- ¿Qué tercia parte? Vete con Dios de mi casa tú. Y esotro no dé voces, no allegue la vecindad. No me hagáis salir de seso, no queráis que salgan a plaza las cosas de Calisto y vuestras.

SEMPRONIO.- Da voces o gritos, que tú cumplirás lo que prometiste o cumplirás hoy tus días.

ELICIA.- Mete, por Dios, el espada. Tenlo, Pármeno, tenlo, no la mate ese desvariado.

CELESTINA.- ¡Justicia, justicia, señores vecinos! ¡Justicia, que me matan en mi casa estos rufianes!

SEMPRONIO.- ¿Rufianes o qué? Espera, doña hechicera, que yo te haré ir al infierno con cartas.

CELESTINA.- ¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay, confesión, confesión!

PÁRMENO.- Dale, dale. Acábala, pues comenzaste, que nos sentirán. ¡Muera, muera! De los enemigos, los menos.

CELESTINA.- ¡Confesión!

ELICIA.- ¡Oh crueles enemigos! ¡En mal poder os veáis! ¿Y para quién tuvisteis manos? Muerta es mi madre y mi bien todo.

SEMPRONIO.- ¡Huye, huye, Pármeno, que carga mucha gente! ¡Guarte, guarte, que viene el alguacil!

PÁRMENO.- ¡Oh, pecador de mí, que no hay por dó nos vamos, que está tomada la puerta!

SEMPRONIO.- ¡Saltemos de estas ventanas; no muramos en poder de justicia!

PÁRMENO.- ¡Salta, que yo tras ti voy!

Un final trágico

CALISTO.- ¡Oh, válgame Santa María! ¡Muerto soy! ¡Confesión!

TRISTÁN.- Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caído del escala y no habla ni se bulle.

SOSIA.- ¡Señor, señor! ¡A esotra puerta! ¡Tan muerto es como mi abuelo! ¡Oh gran desventura!

LUCRECIA.- ¡Escucha, escucha! ¡Gran mal es este!

MELIBEA.- ¿Qué es esto? ¿Qué oigo? ¡Amarga de mí!

TRISTÁN.- ¡Oh mi señor y mi bien muerto! ¡Oh mi señor despeñado! ¡Oh triste muerte sin confesión! Coge, Sosia, esos sesos de esos cantos, júntalos con la cabeza del desdichado amo nuestro. ¡Oh día de aciago! ¡Oh arrebatado fin!

MELIBEA.- ¡Oh desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿Qué puede ser tan áspero acontecimiento como oigo? Ayúdame a subir, Lucrecia, por estas paredes. Veré mi dolor, si no, hundiré con alaridos la casa de mi padre. ¡Mi bien y placer, todo es ido en humo, mi alegría es perdida, consumiose mi gloria!